

porque Dios no le llama por la senda del arte retórico. Había, pues, que probarle en una guerra, y si no fuera imprudente querer simplificar tanto las causas históricas, cabría decir que esta gran hecatombe en que se despedaza Eúropa fué provocada precisamente para que el príncipe heredero de Alemania nos mostrase su genio militar y para consolidar aún más, de paso, la dinastía de los Hohenzollern.

Desgraciadamente, las divinidades del Walhalla, en sus inescrutables designios, han sido poco propicias á los ejércitos del Kronprinz. Iba á entrar en París; pero aquello del Marne no resultó del todo bien. Repuesto, iba á irrumpir sobre las líneas francesas por el Argona; pero tampoco le favoreció la fortuna. Definitivamente, rompería por Verdun; pero su victoria se reduce á no haber perdido más que la mitad de sus fuerzas. Por esto le han dado ahora unas hojas de roble. Faltan las bellotas y falta el tronco. Pero aguardemos. Estos distintivos los ganará seguramente defendiendo la frontera alemana.

25 de Septiembre de 1916.

EL BLOQUEO DEL MUNDO

Alemania ha inventado un nuevo medio de «bloquear» Inglaterra. El antiguo ha fracasado por completo. Como se recordará, el procedimiento primitivo consistía en rodear las costas británicas con un cinturón de submarinos é impedir que entrase ó saliese ningún barco. Este método tuvo al principio bastante buen éxito. Los submarinos alemanes hundieron unas cuantas docenas de barcos mercantes, ingleses y neutrales. Subieron algo los fletes y los seguros. Se retrajeron algunas Compañías extranjeras. Se encarecieron un poco las subsistencias en la Gran Bretaña. El «bloqueo» no parecía una palabra vana.

Pero, poco á poco, los submarinos alemanes dejaron de operar en las costas inglesas, precisamente cuando mayores eran sus triunfos. ¿Misericordia para los sitiados isleños? Sencillamente, era que el seno de las aguas, hasta entonces libérrimo para las naves alemanas, comenzó á obstruirse de una manera misteriosa. Los ingleses, de inagotable inventiva náutica, contestaron al bloqueo submarino de los alemanes con un contra-bloqueo. Se habló de redes y de otros

artilugios para apoderarse de los submarinos enemigos. La pesca del submarino fué mirada en la Marina inglesa como el más entretenido y codiciado de los deportes. Se dijo que á Alemania le había costado este bloqueo alrededor de medio centenar de submarinos. Todos los datos que se tienen públicamente de estas interesantes operaciones de la guerra son demasiado escasos para construir toda la verdad. Pero un hecho es patente: como este tipo de bloqueo no servía, los alemanes lo levantaron y consintieron que en los puertos ingleses entrasen y salieran de ellos libremente los barcos mercantes.

Ahora han discurrido un nuevo método de bloqueo. Ya que no pudieron bloquear Inglaterra, han creído que es lo mismo bloquear los países neutrales que mantienen comercio con la Gran Bretaña. Este sistema tiene sobre el antiguo algunas ventajas. Ante todo, en las costas de los neutrales no hay peligrosas redes ni ningún otro obstáculo material que amenace la existencia de los submarinos. Por otra parte, no es necesario volver, como cuando la primera clase de bloqueo, á las bases navales de Alemania para renovar las provisiones y recibir informes. La vigilancia oficial en las costas de los países neutrales, por lo menos de algunos, nunca es extremadamente severa y tampoco faltan en ellos buenos amigos que ayuden á convertir ciertos recónditos puntos del litoral en clandestinas y seguras bases de operaciones y suministros. En suma, Alemania ha querido bloquear el mun-

do para impedir toda comunicación entre Inglaterra.

Pero el Reino Unido tampoco se ha resignado á este nuevo género de bloqueo. Malgrado el primitivo entre las mallas de sus redes de alambre, ha tendido ahora otras redes, no menos fuertes por impalpables, para reducir á impotencia los submarinos alemanes. Son redes jurídicas, y están expresadas en el memorandum enviado á los países neutrales. Su tesis viene á ser esta: como los países neutrales, por la naturaleza invisible de las operaciones de submarinos, no pueden garantizar el mantenimiento de su neutralidad, la solución más clara, para que no haya dudas ni equívocos, es que les prohiban la entrada en sus puertos y la navegación por sus aguas jurisdiccionales.

La respuesta que con más interés se esperaba era la de los Estados Unidos. En realidad, han evadido la nota de los aliados sin hacer ninguna declaración categórica. Sorprenderá esto en un país que hasta ahora ha obrado con bastante claridad en las diversas cuestiones surgidas de la guerra submarina. Pero no se tome como norma de conducta esa indecisión del Gobierno norteamericano. Hay una razón que la explica: la proximidad de las elecciones presidenciales. Un conflicto diplomático algo agudizado podría perjudicar á Wilson en la reelección que busca. Su mismo adversario, el juez Hughes, no se atreve á comprometerse con una declaración terminante sobre este problema. Probablemente ambos candidatos querrán reñir la elección, por lo que se refiere á la

guerra, en torno de la conducta pasada del presidente Wilson: éste, presentándola como ejemplo de habilidad y prudencia; el otro, como ejemplo de debilidad imperdonable. Siendo esto así, se comprende que ni uno ni otro quieran comprometerse en una candente cuestión como la de la nota de los aliados por no exponerle á un traspiés que malogre sus candidaturas. Por esta causa, haría mal el Gobierno español en servirse de la anómala situación de la República norteamericana para trazarse su línea de conducta.

Por otra parte, véase cómo esa interesada benevolencia del presidente Wilson antes perjudica que favorece á los Estados Unidos. Como si su respuesta elusiva hubiera sido una patente de corso para los submarinos alemanes, el «U-53», con el pretexto de averiguar el paradero del «Bremen», no se sabe si desaparecido ó nunca fletado, entró en Newport hace pocos días, se informó del movimiento de barcos y, haciéndose á la mar, hundió varios ingleses, un holandés y un noruego, dejando á la escuadra de guerra norteamericana el cuidado de ir recogiendo los naufragos. Ante este hecho, que tanto daña al comercio de los Estados Unidos como á los aliados, se dice que Wilson se mostró bastante molesto. ¿Qué otra cosa podía esperar ni cómo suponer que los submarinos alemanes pueden servirse de otro modo del asilo en los puertos neutrales?

Ha sido hasta ahora un lamentable error por parte de los pueblos neutrales el de creer que la organi-

zada furia teutónica podía aplacarse ó comprarse á fuerza de benevolencia hacia sus métodos de guerra marítima. En lo sucesivo, este error será más lamentable aún, porque hasta ahora esos métodos terroristas fueron intermitentes, y muchos creyeron que Alemania acabaría por abandonarlos, gracias al espíritu de moderación relativa del canciller Bethmann Hollweg. Pero hay un poderoso grupo alemán, dirigido por el ex ministro de Marina Tirpitz, que cree preferible provocar la hostilidad del mundo entero que reducir en un ápice la fuerza destructiva disponible. Este grupo comienza á ganar ascendencia en el Gobierno de Alemania, después de un eclipse temporal, como lo demuestra el recrudecimiento del terrorismo marítimo. Y no es improbable que Tirpitz acabe por reemplazar á Bethmann Hollweg en la cancillería del Imperio. Por todo esto, será un cálculo engañoso de cualquier Gobierno que, á cambio de su lenidad, espere, por lo menos para su país, una suavización de la guerra submarina. Al contrario, su benevolencia, como acaba de acontecer con los Estados Unidos, será utilizada por Alemania contra sus propios intereses. Por las buenas ó por las malas, Alemania quiere bloquear el mundo. En su derecho particular, aunque no en el universal, está el hacerlo. Pero sería ridículo y humillante que los países neutrales colaborasen mansamente á su propio bloqueo.

18 de Octubre de 1916.

¿PAZ Ó ARMISTICIO?

Todo el mundo desea una paz inmediata. Nadie es tan inhumanamente sanguinario que halle solaz ó complacencia en la prolongación de la guerra. Ni los que á su sombra amasan fortunas fabulosas. Los instintos más brutales de la naturaleza humana han tenido ya ocasión de satisfacerse y aun de ahitarse. ¿Quién tiene aún sed de más sangre? Los estetas mismos, los que pretenden contemplar la catástrofe desde lo alto, como una fuente de emoción trágica nunca vista ni imaginada, sienten ya que los nervios les flaquean. Los beligerantes están cansados de matar; los neutrales están cansados de sufrir indecibles estrecheces. La paz es un deseo universal.

Pero un mismo deseo puede determinarse en normas de conducta contrapuestas. En los imperios centrales el deseo de paz es radicalmente contrario al deseo de paz de los aliados. También los imperios anhelaron una paz eterna. La guerra fué para ellos el

término de una inquietud constante y la vía ensangrentada y dolorosa de una paz permanente. Su hegemonía en Europa sería el comienzo de un régimen de reposo y de tranquilidad. Costaría las libertades, la integridad y la independencia de muchos pueblos; ¿pero no valdría una paz duradera este sacrificio? Desgraciadamente para Alemania, este ideal pacifista que iba á realizarse con el desangramiento y la esclavización de todo un continente es ya un sueño frustrado. No habrá hegemonía germánica; no habrá, pues, tampoco una eterna paz teutónica. Sin embargo, lo que falló en esta guerra puede cumplirse en otra; lo que hoy es un ideal deshecho puede ser realidad mañana, dentro de un año, de cinco, de diez. ¡Si el enemigo diese tiempo para prepararse de nuevo! ¡Si otorgase una paz inmediata! He aquí lo que ahora quiere Alemania: una paz inmediata y, probablemente, al precio de cualquier sacrificio material, para volver otra vez á amontonar cañones, y barcos, y soldados, y dinero, y energías morales. En rigor, más que una paz, Alemania quiere un armisticio, una suspensión de hostilidades por tiempo indeterminado, hasta reponerse y estar de nuevo en condiciones de lanzarse á otra guerra en pro de la hegemonía sobre Europa.

Los aliados no creyeron que era menester una guerra intercontinental para conseguir una paz duradera, ni creyeron que pudiera creerlo Alemania; de ahí su impreparación. Puesto que existía la paz, les

parecía suficiente no alterarla, para que acabara por hacerse eterna. No les cabía en la mente la teoría de que la salud de un hombre perfectamente sano se fortifica sometiéndole á una sangría que le ponga á los bordes de la muerte. Esta fué la teoría que Alemania quiso imponerles con la fuerza de las armas. Naturalmente, se dispusieron á rechazarla con las suyas. Repuestos de la sorpresa del ataque inesperado, se organizaron, se armaron, juraron no deponer las armas que les habían obligado á tomar hasta que el terrible curandero de la paz europea, el militarismo prusiano, quedase, no sólo fuera de combate, sino incapacitado indefinidamente para provocar otra guerra de este calibre. Los aliados cogieron las armas en defensa propia y en defensa del equilibrio europeo reinante; pero ya no les basta con restaurar el equilibrio, malogrando los sueños de supremacía de Alemania, sino que aspiran á una paz permanente, á una paz que los imperios centrales no puedan perturbar en muchos años ó nunca. Esta es, en suma, la situación del momento: Alemania quiere un armisticio inmediato para prepararse de nuevo; los aliados rechazan el armisticio porque desean una paz permanente.

¿Qué paz es preferible para el mundo: una paz inmediata y efímera, que lleve en sí los gérmenes de una repetición de los sufrimientos y crueldades que ahora padece el mundo, aunque temporalmente los suspenda, ó una paz mediata y firme, que haga imposible por mucho tiempo una guerra como esta,

aunque para ello haya de prolongar sus horrores? Algunas buenas gentes, que siempre han vivido muy al margen de la Historia y que no han logrado situarse espiritualmente en el centro de esta guerra, ingenuos anarquistas é ilusos filántropos, cándidos soñadores de torre de marfil y enfermizos sentimentales, han creído llegada la hora de pedir la paz, sin darse cuenta de que lo que piden no es más que un armisticio germánico, una tregua del diablo, que bajo la engañosa apariencia de un beneficio inmediato, sería tan terriblemente funesta para el mundo entero como lo fué la guerra misma. Esta es la trágica paradoja: los profundamente pacifistas, los que aman la paz por encima de todos los odios históricos, de todas las ambiciones, de todos los ideales, son ahora, una vez provocados á la guerra, los que quieren proseguirla hasta conseguir una paz indestructible. Y los otros, los que ahora se muestran dispuestos á la paz, son precisamente los que la violaron y los que la violarían otra vez tan pronto como pudiesen. ¿Puede secundarles nadie que profese un pacifismo claro y fecundo?

He aquí, sobre este grave tema, el viril pensamiento del primer ministro inglés, Mr. Asquith, en su discurso de hace unos días, corroborando el pensamiento de Lloyd George, el de Briand y, en suma, el de todos los aliados: «La tensión que la guerra impone sobre nosotros y sobre nuestros aliados; las penalidades que ocasionan—lo admitimos francamente—á

algunos de aquellos que no participan directamente en la lucha; la convulsión del comercio, la devastación de territorios, la pérdida de vidas irremplazables; esta larga y sombría procesión de crueldades y sufrimientos, iluminada por inmortales ejemplos de heroísmo y caballeridad, no puede permitirse que termine en un arreglo apañado, precario, deshonesto, enmascarándose con el nombre de paz. Nadie desea prolongar innecesariamente por un solo día el trágico espectáculo de tanta sangre derramada y de tanta destrucción; pero con los que han dado por nosotros sus vidas, en la flor de la juventud, con la esperanza y la promesa del futuro, estamos obligados á que su supremo sacrificio no haya sido en vano. Bien conocidos son los fines de los aliados; han sido expuestos con frecuencia y precisión. No son fines egoístas, no son fines vindicativos; pero exigen que el pasado tenga su reparación adecuada, y su seguridad adecuada el futuro.

»En este país creemos honradamente que de su logro dependen las mejores esperanzas de la Humanidad. Por ellos hemos dado—y estamos dando—lo que no podíamos menos de dar, sin vacilación, sin sentimiento, como el precio con el cual el mundo comprará, y seguramente retendrá en los años venideros, la protección del débil, la supremacía del derecho sobre la fuerza, el libre desenvolvimiento, en igualdad de condiciones y cada uno de acuerdo con su propio genio, de todos los Estados, grandes ó pe-

queños, que forman la familia de la Humanidad civilizada.»

Ante estas serenas y profundas palabras del jefe del Gobierno inglés — recientemente perdió un hijo en la guerra—, que revelan un propósito inexorable, ¿no es un poco pueril por parte de alguno de los neutrales ese empeño de querer confundir la gran paz necesaria con un armisticio, que sólo conviene á Alemania?

23 de Octubre de 1916.

BÉLGICA Y POLONIA

¡Quién lo hubiera dicho! Un día, al levantarnos, nos sorprendió á todos la extraordinaria noticia. Alemania concedía la independencia á Bélgica. ¡Para que luego propalaran sus detractores que el imperio germánico se nutría, vampiro de pueblos, de pequeñas nacionalidades! Al contrario, su misión en la Historia era crearlas. Ahora, á los dos años y pico de la gran guerra europea, creaba la nacionalidad belga. En la época moderna—nos aseguraban Nauen y sus voceros—, no había existido nunca. Bajo la ficción de un pueblo independiente, no había sido más que un feudo, una colonia, un país mediatizado por Inglaterra y Francia. Alemania había invadido su territorio para redimirle. Torpemente, los belgas habían resistido esta invasión liberadora. Pero los alemanes no los guardaban rencor. En prueba de ello, decretaban la independencia de su nación, con ciertas insignificantes condiciones.

La primera de estas condiciones consistía en que Alemania y Austria, de común acuerdo, nombrasen

un rey de Bélgica. Claro que algunos demócratas exigentes pretendieron que este acto contradecía la independencia de los belgas, hasta el punto de convertirla en una farsa ridícula. Si los belgas eran de verdad independientes, ¿por qué habían de designarles rey, sin consultarles, Alemania y Austria? Algo de razón había en este reproche. Pero también había otros motivos fundamentales para privarles del derecho electivo, aunque fuera en el instante mismo de declarar su independencia.

En primer término, los belgas carecían de la experiencia de Alemania y Austria en el arte de elegir un príncipe adecuado. Dejados á su albedrío, acaso escogieran un monarca de escaso patriotismo, sin espíritu nacional, vinculado por sus simpatías á los enemigos de su nueva patria. De esto entendían más los Gobiernos imperiales. ¿Qué reparo podría hacersele, por ejemplo, á un príncipe bávaro?

Un príncipe bávaro para el trono de Bélgica resolvería gran número de dificultades. Siendo Baviera un Estado fronterizo, una especie de puente entre Alemania y Austria, no muy prusianizado ni tampoco antiaustriaco, constituiría uno de sus príncipes una solución media al interés contrapuesto de los Hohenzollern y de los Habsburgos por colocar sobre la cabeza de uno de los suyos la corona de Bélgica. Al mismo tiempo, este nombramiento, halagando la vanidad de los gobernantes bávaros, neutralizaría quizás el desasosiego que había suscitado en el reino

de Baviera la excesiva prolongación de la guerra.

Pero esta condición de bávaro en el príncipe destinado á reinar en Bélgica, necesaria para mantener la buena armonía entre las casas imperiales de Alemania y Austria, era secundaria si se examinaba el nombramiento bajo otros aspectos. Lo esencial era que el príncipe fuera germánico. Pues con esto la suerte de Bélgica quedaba definitivamente vinculada á los dos imperios, sobre todo al alemán. No hay que decir que el príncipe bávaro concertaría alianzas militares y económicas con los imperios que le habían hecho rey de Bélgica. Singularmente, económicas. Lo más probable es que Bélgica, bajo un rey alemán, entrase en el «Zollverein» ó Unión aduanera que comprende todos los Estados de Alemania. De ese modo la independencia de Bélgica, concedida en estas condiciones, sería una disimulada anexión, una completa absorción en el imperio alemán.

Sin embargo, esta condición de un príncipe germánico impuesto á Bélgica como medida previa para una anexión vergonzante, no tendría eficacia sino en el curso del tiempo, probablemente después de la guerra. La otra condición implicada en la independencia contenía frutos más inmediatos, por ser una condición militar. Véase por qué. El Derecho de gentes prohíbe con toda energía que un beligerante obligue á sus prisioneros ó á la población de los territorios invadidos á combatir contra sus propios conciudadanos. Con no ser grande, como se ha visto en el

transcurso de esta guerra, el respeto de Alemania por ningún derecho, no se ha atrevido, sin embargo, á violar éste sobre los prisioneros y sobre los habitantes de un país invadido. Pero había un modo de violarlo embozadamente, y esto hizo Alemania con declarar independiente á Bélgica y nombrar para su trono uno de sus príncipes.

Fácil es la explicación del fraude. Proclamada la independencia, todos los prisioneros belgas de Alemania volvieron á su país en calidad de hombres libres. El nuevo rey se dirigió á ellos y á todos los hombres hábiles del reino, y los invitó compulsivamente á formar un ejército que defendiese la independencia del país. Sólo que esta vez no la amenazaban los alemanes, sino los franceses, los ingleses y los mismos belgas, que luchaban á su lado, en un rincón del propio territorio. De este modo, el nuevo rey, que en seguida proclamó su alianza con su país, con Alemania, obligó ó los belgas traídos de los campamentos alemanes ó reclutados en el territorio á combatir al lado del ejército alemán en nombre de una supuesta independencia y contra los aliados occidentales. Por este procedimiento, mediante una argucia política, Alemania se burló del Derecho de gentes, reforzando su ejército con los prisioneros y con todos los hombres en edad militar de un país enemigo. ¿Puede haber sobre esto alguna duda?

Al llegar á este punto, me doy cuenta de que he cometido un ligero error. En vez de un hecho real

he estado exponiendo é interpretando una noticia fantástica. Tranquilícense los que la habían concebido de excesivamente absurda para creerla posible. Seguramente, los mismos germanófilos neutrales se alzarían iracundos contra Alemania si este país quisiera burlarse de esa suerte de Bélgica, cubriendo con el manto de una independencia ficticia lo que sólo sería un doble acto de inequívoca esclavitud: la anexión, por una parte, y la obligación de combatir bajo las banderas de sus propios enemigos, por otra.

Tranquilícense todos. Donde he escrito Bélgica y los belgas debí escribir Polonia y los polacos. Es un error. ¿Pero no es un ligero error? Salvo diferencias históricas y constitucionales, ¿no es la independencia de Polonia que acaban de decretar Alemania y Austria muy semejante, si no igual, á la independencia imaginaria de Bélgica, que he descrito? ¿No es lo esencial de esta independencia polaca el aprovechamiento de los prisioneros y hombres útiles de Polonia en pro de los ejércitos germánicos y la preparación para anexionarla á Alemania? Si la independencia de Bélgica en tan ominosas condiciones sería una sangrienta burla, que no ampararía nadie, ¿es menos sangrienta la burla que se quiere cometer con Polonia? ¿Dónde creen los alemanes que tienen sus límites la buena fe y la credulidad del mundo?

16 de Noviembre de 1916.

HACIA EL ESTADO SERVIL

Es necesario dar en el tiempo un salto atrás de miles de años, y resucitar con el espíritu los viejos imperios del Asia y del África, sepultos bajo tantos siglos y tan espesas capas de tierra, para hallar algo semejante á lo que se dispone á hacer Alemania: obligar compulsivamente á servir al Estado á todos los habitantes, hombres y mujeres, de diez y seis á sesenta y cinco años de edad. Sólo en algunos Estados de la antigüedad no había más que guerreros y esclavos. Alemania, como supremo recurso de desesperación, va á abolir legalmente el hombre libre y la mujer libre. Platón y todos los creadores de utopías comunistas, en que el individuo no existe y el Estado lo abraza todo, verían con orgullo que hay, por lo menos, un país que hace realidad sus doctrinas, después de haberlas juzgado quiméricas y absurdas durante siglos.

Nada diremos del retroceso jurídico que significa esta anulación del hombre libre. Nos damos clara cuenta de que esta terrible medida no responde al

capricho de un déspota ó de una minoría gobernante; que no es un puro abuso de poder ni un acto de opresión arbitraria. Comprendemos que es una necesidad nacional. También fué necesidad para Alemania la deportación de millares de franceses: el ejército alemán necesitaba del trabajo de estos esclavos extranjeros en los campos y en los talleres. Pero este acto de esclavización fué un puro hecho de fuerza, cometido brutalmente por un invasor con las poblaciones invadidas. Por eso protestamos entonces y protestamos ahora contra las deportaciones de belgas, también necesarios al sostenimiento del ejército alemán. En cambio, con herirnos el hecho en lo más íntimo de nuestro sentimiento de libertad, no protestamos contra la esclavización del pueblo alemán, porque se hará mediante la ley, esto es, con el asentimiento, por lo menos aparente, de la voluntad nacional. Si los alemanes lo aceptan de grado, en su derecho están. A los demás no nos toca sino respetarles en su terrible decisión y explicarnos los motivos que obligan al Estado á decretar la inexistencia del hombre libre.

Los motivos capitales son dos: la escasez de hombres y la necesidad de reducir al mínimo los gastos en la fabricación de municiones. Las líneas alemanas, sobre todo la occidental, están sin reservas. Las avalanchas de las fuerzas franco-británicas apenas hallan obstáculos humanos á su paso. Esta conciencia de su debilidad numérica contribuye seguramente á re-

lajar el estado moral de los soldados alemanes. Así se explica la aparente contradicción de que faltando hombres en el ejército alemán, caigan prisioneros tantos millares, como ha ocurrido en el último avance británico. Es que sabiéndose inferiores en número, los de la línea de fuego prefieren entregarse á combatir. También ha de influir en su relajación moral la seguridad que tienen de que sus enemigos los tratan con respeto y de que los alimentan con una abundancia y una calidad de sustancias nutritivas que hace tiempo faltan en su propio ejército. La llama del patriotismo arde difícilmente en un estómago vacío.

Esta falta de hombres podría suplirse trayendo á las trincheras los obreros que trabajan en las fábricas de municiones. Pero entonces faltarían municiones; el remedio sería peor que la enfermedad. ¿Cómo armonizar ambos trabajos, los de las trincheras y los de los talleres? Alemania va á intentarlo poniendo al servicio del Estado todos los habitantes útiles. Reemplazará con viejos y mujeres, sobre todo mujeres, á todos los hombres que traslade de las fábricas á las trincheras. Y cuando también estos hombres caigan, no le quedará otro recurso, si quiere proseguir la guerra, que obligar á las mujeres á empuñar las armas, del mismo modo que ahora se disponen á obligarlas á empuñar las herramientas de los talleres. El Estado servil perfecto, y á esto tiende Alemania, no puede detenerse ante ningún derecho del individuo.

El otro motivo, el económico, está implicado en la industrialización de todos los habitantes. Alemania necesita ahorrar desesperadamente. Ya no se conforma con haber nacionalizado en forma de engañosos empréstitos la riqueza privada de los alemanes. Como este proceso de mansa confiscación ha llegado ó está á punto de llegar á su límite, Alemania necesita ahora no gastar más que lo estrictamente preciso. Lo estrictamente preciso es el costo mínimo necesario para el sostenimiento de su población activa. El establecimiento del servicio universal obligatorio, sin diferencias de sexo ni de edad, entre los diez y seis y los sesenta y cinco años, traerá fatalmente consigo la abolición de los salarios. Los obreros y obreras habrán de trabajar por la comida, como los soldados. Así se podrán prolongar las reservas económicas para los gastos interiores y para las compras exteriores. Así se podrá diferir por algún tiempo más el desastre final.

Esta somera interpretación de la gravísima medida que se prepara á tomar Alemania muestra el angustioso Estado interior en que está ya; sólo incorporando al servicio del Estado á toda la población cree resolver el doble é inquietante problema de la falta de hombres y de la falta de dinero. Pero tampoco podrá resolverlo. Estos recursos de desesperación dilatan el sufrimiento, acrecentándolo, y la inevitable catástrofe postrera; pero no los evitan. Ahora falta ver si el pueblo alemán lleva su paciencia, que otros

calificarán de patriotismo, al extremo de dejarse convertir en uno de aquellos viejos imperios asiáticos en que sólo había guerreros, esclavos y una familia de señores. Las pirámides son testigos de este antiguo régimen social. Las pirámides de muertos y de ruinas que Alemania ha ido levantando, y quiere seguir levantando aún, son también testigos de un imperio donde no existía el hombre libre y donde ahora, para supremo escarnio, va á abolírsele mediante una ley.

22 de Noviembre de 1916.
